

CAPITULO II.

DOS SERVIDORES DEL INFANTE DON JUAN.

I.

Apenas se habia clavado la jara rechinando en una de las hojas del ajimez de la casa fortificada, de que hemos hecho mencion en el anterior capítulo, cuando se abrió aquel ajimez, apareció el reflejo de una luz en el interior, y se recortó sobre aquel reflejo el cuerpo de un hombre, que arrancó con mano fuerte la jara y cerró de nuevo el ajimez.

Quedó otra vez la casa solitaria y oscura.

III.

II.

Pasó algun tiempo, y al fin, entre el zumbar del viento, y el ruido monótono que producía al caer sobre el campo la lluvia

que arreciaba, se abrió paso otro sonido, primero leve y luego distinto, que parecía el de los cascabeles de los collares de algunas caballerías, cuyo ruido acompañado crecía por momentos.

Al cabo se vieron aparecer por el repecho, montando la cumbre, algunos golfines, detrás de los cuales venían dos caballeros armados de todas armas con largas lanzas, en pos una litera llevada por mulas, conducidas de la mano por dos golfines, después otros dos de á caballo y por último otro escuadroncillo de golfines.

El golfín que iba delante, que era agigantado, llevó la bocina á sus labios, y á poco los ecos de los montes devolvieron retronando la poderosa voz de la bocina.

Abrióse entonces el ajimez, se recortó sobre el reflejo de la luz del interior la figura de un hombre, y una voz enérgica preguntó:

—¿Sois los del señor infante?

—Somos, contestó lacónicamente el que había tañido la bocina.

Retiróse el hombre del ajimez, se cerró este, se abrió poco después el postigo, y con una linterna de hierro en la mano apareció un hombre de cuya fisonomía no podía juzgarse, porque estaba envuelto en una penumbra.

Los cuatro de á caballo echaron pié á tierra, los de la litera se encaminaron al postigo y entraron por él con ella; después entraron unos tras otros los golfines; luego los caballeros con sus caballos; por último, se cerró el postigo.

La casa tornó á quedar oscura y silenciosa.

III.

Por la parte de la casa que correspondía al pequeño parque, había una arcada ó vestíbulo bizantino, con marcado sabor sarracénico; bella arquitectura mozárabe, de la cual nos quedan algunos ejemplares en el viejo Toledo.



LA BUENA MADRE.

Se detuvo en actitud altiva delante del golfin.

En el interior de aquel vestíbulo habia dos arcadas: una que guiaba en derechura al postigo por donde acababan de entrar los viajeros; otra frente á la primera, en que empezaba una escalera de mármol.

IV.

Detúvose en el vestíbulo la litera, pesado mueble de madera y cuero, cerrado con celosías, que acusaban el origen árabe de la litera.

Acercóse á ella el golfin que habia tocado la bocina, y con una llave abrió una de las portezuelas, é inmediatamente salió una mujer alta, esbelta, gallarda, completamente envuelta en un haike de finísima lana á rayas blancas, rojas y negras, no dejando ver mas que dos ojos negrísimos á través de la abertura del haike, y al bajar de la litera un bello pié calzado con un borceguí datilado y bordado de oro.

V.

La mora, que indudablemente lo era, se detuvo en actitud altiva delante del golfin que habia abierto la litera.

Este dijo al hombre de la casa:

—Guiad.

Tomó aquel hombre por las escaleras, le siguió la mora, y el golfin que parecia jefe, volviéndose á los otros, les dijo:

—Acomodaos como podais.

Y siguió trás la dama.

Los golfines se quedaron á oscuras en el vestíbulo, y cansados sin duda de la jornada, cuál acá, cuál allá, arrimando sus armas á la pared, se tendieron.

VI.

—Conque tenemos ya por acá á nuestro señor, dijo el de la casa al que parecia jefe de los golfines, sentado á par de él, teniendo en medio una pequeña mesa de roble, en un reducido aposento circular, que sin duda era parte del interior de una de las torrecillas angulares de la casa.

—Parece que se muere el señor rey don Sancho, contestó el golfín.

Pero suspendiendo este diálogo, hagámonos cargo de los dos hombres que tenemos en escena, merced á una lámpara de hierro colocada sobre la mesa en que hay además una redoma de tosco vidrio llena de un vino rojo como la sangre del toro y dos vasos de estaño.

El de la casa era un hombre rudo, como de treinta y seis á cuarenta años de edad, con trazas de hidalgo, á juzgar por su sayo de paño leonado, con una hilera de herretes de plata, sus calzas de grana, sus borceguíes de belludo y su capellina de lana azul que tenia echada sobre los hombros, sus cabellos largos cortados en cerquillo en la frente á dos dedos de las cejas y su barba cerrada partida en dos puntas.

Este hombre dejaba ver bajo sus negras y pobladas cejas dos ojos negrísimos de mirada aviesa y recelosa.

Las formas de su semblante eran rudas y su color fuertemente moreno: su nariz recta, sus pómulos salientes y sus mejillas deprimidas tenian mucho de la acentuacion de la raza judía: sus manos membrudas y vellosas estaban en armonía con el fuerte pomo del puñal que se veia sujeto en su ceñidor de cuero, color de avellana, tachonado de chapetas de acero.

Este hombre inspiraba una repulsion instintiva: á primera vista se adivinaba en él al asesino, al hombre sin conciencia, dispuesto á todo, ya le impulsasen el oro, el odio ó la cólera.

VII.

El golfín contaba sobre poco mas ó menos la misma edad que su interlocutor: vestía exactamente lo mismo que el personaje que hemos presentado en el capítulo anterior, y llevaba iguales armas.

Habia dejado junto á la pared la pica, la ballesta, el hacha de armas, la venablero y la adarga, se habia desceñido el talarbarte dejando caer al suelo la bocina y la espada, se habia quitado el casco y echado atrás la capellina de mallas, y habia dejado ver una crespa cabellera de color negro impuro que tiraba á gris: bajo ella una frente deprimida, dos cejas rectas, dos ojos verdes, móviles y penetrantes, una nariz gruesa y algo roma, una boca de labios prominentes, y una barba revuelta, espesa y cuadrada.

En el semblante de este hombre estaba impreso el sello de la raza berebere, y no se traslucia en él al asesino, pero se sentia al hombre feroz.

Era además ancho de hombros, alto de pecho, fornido y al parecer dotado de una fuerza hercúlea.

VIII.

A juzgar por lo que hemos dicho puede deducirse que el uno de aquellos hombres era judío y el otro africano: de ambas razas habia por entonces multitud de conversos y no conversos, vestidos ó no á la usanza de Castilla ó á la de su raza.

El uno se llamaba don Jonás y era mayordomo del infante don Juan: el otro tenia por nombre Ayesa-ben-Tayde, y servia al infante don Juan como primer escudero.

Los antecedentes de estos dos hombres nos importan muy poco: baste decir que servian cada cual de ellos hacia muchos años al infante, y gozaban de toda su confianza.

Estos dos hombres debian ser conversos, puesto que bebian á discrecion el rojo contenido del frasco de vidrio, cosa rígidamente prohibida por la ley de Moisés y por la de Mahoma: sea como quiera, eran dos hombres enérgicos, terribles, á los cuales rodeaba un no sé qué de fatídico.

Reanudemos el diálogo.

—Parece que se muere el señor rey don Sancho, habia dicho Ayesa-ben-Tayde.

—Gran rey, dijo don Jonás.

—Bravo como un leon y no escaso en echar al suelo cabezas de rebeldes.

—Teneis razon, Ben-Tayde; pero no ha sabido matar el remordimiento que le mata, por aquello de la maldicion del señor rey don Alonso su padre.

—Gran rey.

—Sí, respondió don Jonás, pero mejor le hubiera estado hacer menos leyes y mas castigos.

—Necesario hubiera sido matar á media Castilla, amigo don Jonás: cuando todos quieren ser reyes, sucede lo que le aconteció al rey don Alonso, que siendo un gran sabio, un buen rey y un buen caballero, se vió desobedecido y acometido por todos, hasta por su propio hijo, á quien le tardaba el reinar: pero ¿qué nos importa eso? la verdad es que en las grandes revueltas de los reinos es donde medra y crece el audaz; y ¿qué seria de nosotros si el señor infante don Juan, nuestro amo, se hubiera reducido á ser primero hijo obediente del rey don Alonso, y á ser despues un buen hermano del rey don Sancho IV? vos permaneceríais labrando oro y plata en la Judería de Toledo, y yo cazando leones en la tribu de los Benimerin: gracias al infante don Juan, somos hidalgos y caballeros, y poseemos algo qué, y estamos en camino de poseer algo mas: sobre todo que vivimos á nuestro gusto, hoy acá, mañana allá, siempre entre gente brava y con las manos en la masa. Pero viniendo á lo presente, á fé á fé

que me tenia muy guardado el señor infante el que tan pronto tuviera yo el contento de veros, de estrecharos la mano y de beber con vos.

—Tampoco esperaba yo veros tan pronto; esperaba sí al señor infante: hace tres meses, estando yo en Tánger, porque no me convenia mucho andar por estos reinos de Castilla, donde todo lo que era del infante se miraba con sobrejo, me encontré una mañana en mi casa con un buen hijo de los Benizeyrí (Zegries) que me entregó una carta: «Vente con el correo, decia aquella carta; dineros lleva bastantes para lo que hubieres menester: si tienes algo ahí, véndelo, porque el rey mi hermano anda enfermo, pienso pasar á Castilla, y es de presumir estemos largo tiempo por allá.» Vendí lo mio que habia adquirido en Africa con el dinero que habia llevado de aquí, me encontré con mil doblas juzefinas de las viejas, de oro cendrado, me embarqué en Arcilla, y á los tres dias desembarqué, con el correo que me habia enviado el infante, en Adra, desde donde, con salvo conducto del rey moro de Granada, Ben-Nazar-el-Ansarí, llegué á Granada, donde en una casa de placer del rey moro, muy asistido de esclavos y muy vestido á lo moro y con grande haren y grandes comodidades, vivia esperando el tiempo para vivir de otro modo el infante don Juan nuestro señor. Alegróse mucho de verme: túvome ocho dias á su lado, secretamente, sin que vos mismo lo supierais, en cuyo tiempo me divertí cuanto pude, á pesar de que los moros son gente brava y hay que ser muy bravo para divertirse entre ellos, y el octavo dia por la noche, el infante me dijo: «Mañana por la mañana te pondrás en camino para Castilla, tomarás la vuelta de Toledo, y comprarás con dineros que yo te daré para que lleves, aquella buena casa que yo labré en los Cigarrales cuando andaba bien con mi señor padre y mi señor hermano, y pagarás por ella lo que te pidieren, y la abastecerás de lo necesario, así de servidores como de muebles, lámparas, pebeteros y alcatifas: y cuando esto sea, esperarás allí á que llame yo á la puerta.» Pero es el caso, mi buen Ben-Tayde, que el infante no ha llamado á la puerta, sino á la ventana.

—¡Cómo! dijo con curiosidad Ben-Tayde, echándose al cuerpo un cubilete lleno de vino; ¿de tal manera le han crecido los brazos á su merced desde esta mañana que se ha separado de mí?

—Su merced tiene brazo bastante para hacer pasar un venablo por encima de la cruz de la torre de la iglesia mayor de Sevilla, que es el cuerpo de torre mas grande que he visto yo en mi vida.

—¡Ah! ¡ya! dijo Ben-Tayde.

—Eso es, contestó don Jonás; estaba yo leyendo el Arte de cetrería del Sabio rey don Alonso, cuando, ¡chás! oí un golpe terrible en el ajimez de la antecámara de la cámara árabe de esta casa, donde hemos dejado á esa dama mora que habeis traído; acudí allá, abrí el ajimez, y en la madera encontré clavada una jara, que por su peso y su tamaño parecia una jabalina.

—Conque aquí debe andar, me dije, el infante mi señor, porque jaras tales no las despide de ballesta nadie mas que el rey mi señor, me equivoco, el infante mi señor, su escudero Ayesa-ben-Tayde ó yo.

—Y sin equivocacion, el señor rey don Sancho IV, á quien no mienten cuando le llaman el Bravo.

—Cierto es, que es un leon bravo y un buen caballero, que tanto blande la lanza como juega de la ballesta ó de la maza de armas el señor rey don Sancho. Pero es el caso, que cuando yo pienso en mi amo, no me acuerdo de nadie mas que de él; y continuando, digo, que en el cabo de la jara, y junto á las plumas, encontréme con este pergamino enrollado y atado con una correa.

Y don Jonás sacó de debajo de su sayo un pergamino que desenrolló y dió á Ben-Tayde, que leyó con suma facilidad lo siguiente:

«Mi buen don Jonás: no puedo detenerme ni un momento; he sabido por corredores que van á la frontera que el señor rey mi hermano agoniza: he escrito estas letras en una ermita del camino: detrás de mí vienen, resguardando á una dama, mi escudero Ben-Tayde con otros criados míos: aposéntalos y guarda á esa dama.—*El Infante don Juan.*»

Ben-Tayde devolvió el pergamino á don Jonás, que le guardó.

—Esta mañana al amanecer, dijo el africano, nuestro señor me mandó, que cuando llegásemos á los Cigarrales llamase á su antigua casa; despues, el señor adelantó; le tardaba llegar.

—¿Y por qué no á caballo?

—No habia seguridad de poder remudarle, porque con lo revuelto que anda la tierra, todos los que tienen caballos de silla se los han llevado á los montes y á lo interior de las dehesas, temerosos de que se los quiten para sus soldados estos ó los otros, los de Haro, los de Lara ó los del rey. La jornada era demasiado larga para un caballo, y nuestro amo el infante es fuerte y andador: se acostumbrió en África: Dios le ha hecho para la fatiga y para la guerra.

—Pero medra poco y es desgraciado en sus empresas, observó don Jonás: ahora viene muy resuelto á aprovecharse de la enfermedad ó de la muerte del rey: ya veremos lo que esto dura.

—¡Eh, mil rayos! dijo Ben-Tayde; para que cada cual de los grandes señores alcanzase lo que desea, seria necesario partir á Castilla y á Leon, á Astúrias y á Galicia, á las Estremaduras y á las Andalucías, en tantos reinos como magnates: yo nada espero: los unos estorban á los otros, y acabarán por aniquilarse: si yo fuera el rey, dejaria que mis enemigos se destruyesen los unos á los otros, y me iria comiendo cabeza á cabeza las de todos los traidores.

—El rey está muy enfermo.

—¿Y qué padece el rey?

—El rey padece del corazon y de la cabeza; me lo decia anoche su médico don Abraham, que es algo pariente mio, y que Dios me perdone si en vez de venir á comer del alajú y de las golosinas que me regala una hermana mia que tengo en San Pedro de las Dueñas, no viene á observar lo que aquí sucede ó no sucede, ó si estoy solo ó acompañado: pues, me decia: «El rey padece mucho, delira, no está en su cabal razon, ve por todas partes la sombra de su padre el señor rey don Alonso, y mira

con ansia á su esposa, la noble reina doña María y á su hijo mayor el infante don Fernando: el rey siente sobre sí la maldición de su padre; y esto, que viene trabajándole desde hace tiempo, ha encendido su sangre, le ha producido esa calentura continua que no tiene cura, y ha debilitado su cabeza: mucho será que no sucumba cuando menos se espere: esta noche, mañana, un día próximo.»

—Hé ahí la razón de la prisa de nuestro señor, dijo Ben-Tayde.

—¿Y á qué, viniéndose tan de prisa, se ha traído consigo una mujer? observó don Jonás.

—¡Ah! contestó Ben-Tayde; esa es una historia larga: ¡si supiérais quién es esa dama!... pero lugar hay para esto: la jornada ha sido muy larga, hemos comido mal y de prisa en una venta del camino, y tengo todo lo que puede aquejar á un hombre; hambre, sueño y cansancio: no estoy muy seguro de que el infante nuestro amo no me necesite esta noche, y por lo mismo, don Jonás, ved si los domésticos tienen ya lista la cena, cenemos y recojámonos.

—¿Y esa dama?

—Cuando digo cenemos, contestó Ben-Tayde, con la dama cuento; yo la serviré, y cuando la haya servido, cenaremos juntos vos y yo: espero que no os hayais olvidado de los escuderos que están abajo.

—Para todos habrá alimento bastante y abundante vino; pero venid, que según mis órdenes, la cena debe estar ya servida.

Y el mayordomo y el gran escudero del infante don Juan salieron de la pequeña estancia en que se encontraban á una galería que correspondía al patio de la casa, y desaparecieron por una puerta situada al fondo de aquella galería.

La noche se había hecho de todo punto tempestuosa, la lluvia se había convertido en aguacero, y el viento retronaba sonoro sobre los Cigarrales, silbando entre las almenas de la casa fuerte del infante don Juan.

CAPITULO III.

EL INFANTE DON JUAN.

I.

Este siguió á gran paso por la áspera subida de San Martín hasta la puerta del Cambrón, por la que pasó sin ser reparado de nadie, porque los guardas, á causa de la inclemencia de la noche, estaban metidos en el espacio que les servía de cuerpo de guardia de la parte de adentro de la puerta.

Desde allí, por un laberinto de callejas estrechas y pendientes, que han perdido sus nombres, llegó á Zocodover, y atravesando la plaza, desierta á causa del mal tiempo, tomó por la calle que ahora se llama de las Armas, llegando á una plazuela donde se levantaba unido al antiguo alcázar el monasterio de San Pedro de las Dueñas.

Por aquella plazuela cruzaba de tiempo en tiempo alguno que entraba en el alcázar ó que había salido de él.

Este alcázar y el monasterio adjunto á él, que ya no existen, ocupaban el mismo lugar que hoy ocupa el convento de Caba-